BASILIO PARAÍSO FUNDACIÓN

EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

DÓNDE ESTAMOS Y ADÓNDE VAMOS

Víctor Lapuente

Politólogo y ensayista. Profesor de la Universidad de Gotemburgo (Suecia)

BASILIO
PARAÍSO
FUNDACIÓN

CRÓNICAS PARAÍSO
UNA MIRADA DESDE ARAGÓN

Edita: Fundación Basilio Paraíso
Noviembre 2025

EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

DÓNDE ESTAMOS Y ADÓNDE VAMOS

Víctor Lapuente

Politólogo y ensayista. Profesor de la Universidad de Gotemburgo (Suecia)

PRESENTE: DÓNDE ESTAMOS

Vivimos un tiempo paradójico. Nunca en la historia tantas personas habían disfrutado de tan altos niveles de vida, esperanza y prosperidad y, sin embargo, nunca antes nos habíamos sentido tan vacíos. En Occidente, la desconexión entre la salud económica y la salud social se ha convertido en una grieta que amenaza con ensancharse.

Las cifras lo muestran con claridad. Las economías crecen, la desigualdad se reduce, la pobreza alcanza mínimos históricos y la esperanza de vida se alarga. Pero el malestar social se expande: los ciudadanos de las democracias avanzadas se sienten más solos, más desconfiados y más pesimistas que nunca. En Estados Unidos y Canadá, dos de cada tres personas creían prosperar en 2007; hoy, menos de la mitad lo piensa. En España, el 64 % considera que los jóvenes vivirán peor que sus padres.

> *Los ciudadanos de las democracias avanzadas se sienten más solos, más desconfiados y más pesimistas que nunca.*

Este sentimiento de pérdida de sentido se manifiesta en tres grandes síntomas: desesperanza sobre el futuro, angustia sobre el presente y desconfianza hacia las instituciones. Los estudios de Gallup muestran mínimos históricos de satisfacción vital y máximos de angustia, especialmente entre jóvenes, mujeres y quienes se identifican con posturas liberales o de izquierda. A ello se suma la epidemia de soledad: sus efectos sobre la salud son equiparables a fumar un paquete de cigarrillos al día y cada día hay más personas viviendo solas

> *El sentimiento de pérdida de sentido se manifiesta en tres grandes síntomas: desesperanza sobre el futuro, angustia sobre el presente y desconfianza hacia las instituciones*

La fe en las instituciones tradicionales —gobierno, empresas, religión— se ha erosionado hasta niveles desconocidos. La religión, antaño fuente de sentido y cohesión, ha perdido autoridad. Como ha señalado el sociólogo Christian Smith, Estados Unidos ya no es la excepción: incluso allí, las iglesias se vacían. Pero el declive de la religión no ha traído el triunfo del racionalismo ilustrado, sino una proliferación de nuevos credos: del horóscopo al karma cósmico, de los vampiros a la energía de los cristales. El vacío espiritual se rellena con supersticiones, series de televisión y espiritualismos de autoayuda.

El filósofo John Gray lo explicó con lucidez: el ser humano no se distingue de los animales por pensar o sentir, sino por bus-

> *La fe en la autoexaltación ha producido una epidemia de narcisismo. Nos creemos excepcionales y vivimos frustrados porque la realidad no confirma nuestras expectativas.*

car sentido a la vida. Cuando no lo encuentra en Dios, lo busca en la magia, en la psicología o en la política. Hemos sustituido a los viejos dioses por el culto al yo. El empoderamiento —ese término tan repetido— se ha convertido en una religión que promete libertad, pero entrega ansiedad.

"Nada es imposible"

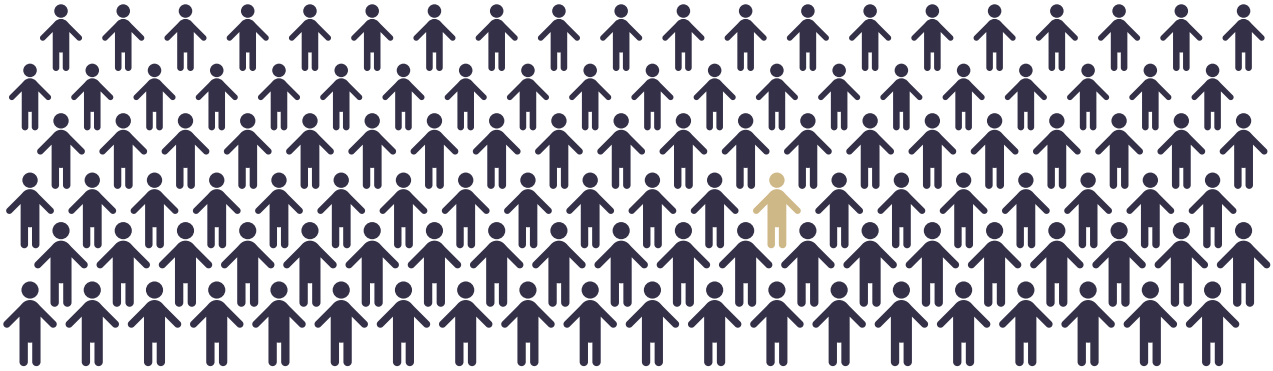
Desde la infancia se nos enseña que somos especiales, que podemos lograr lo que deseemos, que nada es imposible. Pero esa fe en la autoexaltación ha producido una epidemia de narcisismo. Nos creemos excepcionales y vivimos frustrados porque la realidad no confirma nuestras expectativas. Cuando las cosas no salen bien, preferimos vernos como víctimas antes que asumir responsabilidad. La cultura del victimismo, como advertía Solzhenitsyn, borra la frontera moral que atraviesa cada corazón humano y nos convierte en seres incapaces de reconocernos culpables.

Este narcisismo no surge de la nada. Es el resultado de un doble proceso político que ha redefinido el alma de Occidente. La nueva derecha, desde los años setenta, mató al Dios democristiano y liberó el individualismo económico. Los viejos conservadores compasivos fueron reemplazados por líderes que exaltaron el enriquecimiento personal como única virtud. Berlusconi fue el primer espécimen reconocible de esta corriente. Trump es el más reciente. El lema "*Greed is good*" sustituyó a los preceptos morales que antaño imponían límites al egoísmo.

> *Hemos sustituido a los dioses tradicionales por el culto al Yo, al Superhombre y la Supermujer. Vivimos en la cultura del empoderamiento permanente.*

Por su parte, la nueva izquierda mató el equivalente secular del Dios cristiano: la nación como comunidad política. En nombre del cosmopolitismo, renunció al patriotismo y a la idea de deber cívico. Así, mientras la derecha fomentaba el individualismo económico, la izquierda promovía el individualismo cultural. Ambas, sin quererlo, conspiraron en favor de la misma causa: la exaltación del yo por encima de todo vínculo colectivo.

Ahora hemos sustituido a los dioses tradicionales (dios, la patria o la Pachamama) por el culto al Yo, al Superhombre y la Supermujer utilizando la terminología de Nietzsche. Pero, tal y como el propio Nietzsche predijo, la muerte de dios, lejos de liberarnos, nos convertiría en fanáticos de otros dioses. Para empezar, de nosotros mismos. Vivimos en la cultura del empoderamiento permanente. De la escuela infantil al diván del psicólogo pop, nos venden nuestra grandeza sin límites, que nos conectemos con nuestros deseos íntimos, que rompamos los lazos con las tradiciones y ataduras varias. Lo que nos hace feliz individualmente es lo bueno.



Sin embargo, si repasamos qué han concluido los hombres y mujeres sabios a lo largo de la historia que se pusieron a pensar seriamente sobre la felicidad (por cierto, en circunstancias en las que las pandemias y las crisis económicas no eran excepcionales, como para nosotros en estos tiempos, sino normales), llegaron a la conclusión inversa: lo bueno es lo que nos hace feliz. Primero, intenta ser bueno, adhiérete a un código moral, busca un sentido para tu existencia más allá de tus logros personales, una meta trascendental; y, luego, como consecuencia, experimentarás la felicidad auténtica, la que emana de la paz de espíritu. Ahora, centrados en nosotros mismos, vivimos lo contrario: la angustia de espíritu.

Para salir de este círculo, tendríamos que domar ese ego gigantesco que nos inflan desde la infancia ("Tú eres especial" "Puedes hacer lo que quieras") hasta la edad adulta (*"Nothing is imposible"*). Más que un libro de autoayuda, necesitaríamos alguno de auto-destrucción.

Pero, de momento, no hay mucho interés. Y vivimos, como dijo Tom Wolfe, no una "década del yo", sino un verdadero siglo del yo. El resultado es una sociedad donde la libertad se ha confundido con el aislamiento. Las grandes tradiciones que sostenían el sentido —Dios, la patria, la comunidad— se disolvieron en el aire del narcisismo. Y el vacío que dejan lo ocupan la ansiedad, el consumo y la desesperación espiritual.

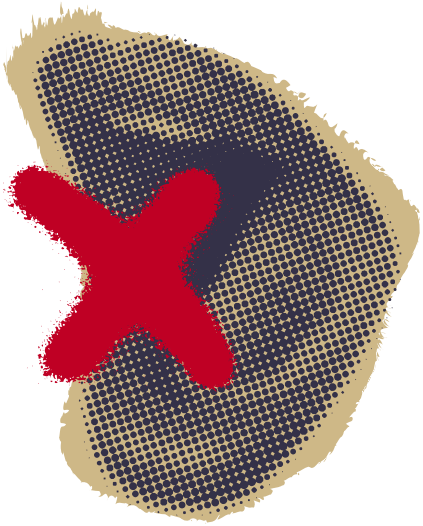
Durkheim temía la "anomia", la ausencia de normas sociales. Tocqueville nos advirtió sobre la dictadura del conformismo. Y Hannah Arendt identificó la soledad y el vacío espiritual como las raíces del totalitarismo. Lo que tenían en común los jóvenes que se unieron a los nazis eran esas dos características: soledad y vacío espiritual. El diagnóstico de estos autores resuena hoy con una actualidad inquietante. La pérdida de vínculos, la desconfianza y la soledad no son simples males privados: son síntomas de una civilización que ha perdido su brújula moral.

"

Más que un libro de autoayuda, necesitaríamos alguno de auto-destrucción.

"

La pérdida de vínculos, la desconfianza y la soledad no son simples males privados: son síntomas de una civilización que ha perdido su brújula moral.



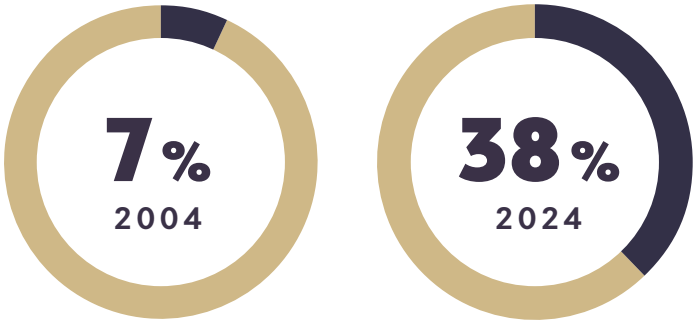
FUTURO: ADÓNDE VAMOS

El horizonte que se perfila para las democracias occidentales está teñido de incertidumbre. Los indicadores políticos, sociales y culturales apuntan a una transformación profunda: el retroceso de la democracia liberal y el avance de formas híbridas de autoritarismo o anarquía digital.

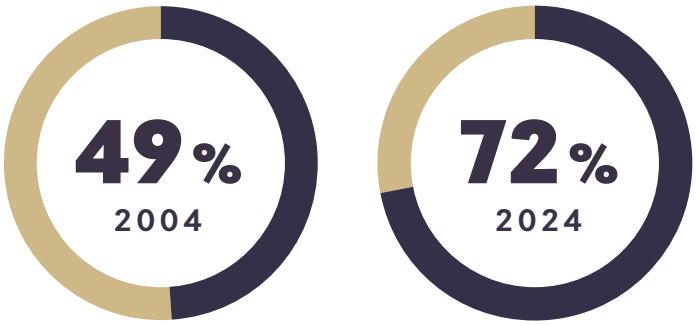
Los datos son elocuentes. Como muestra el gráfico 1, en 2004 menos de la mitad de la población mundial (49 %) vivía bajo regímenes autocráticos; hoy lo hace el 72 %. Y, mientras en 2004 apenas un 7 % de la población mundial vivía en países donde se perdían las libertades democráticas, hoy es el 38 %. Casi cuatro de cada diez personas está asistiendo en directo al desmantelamiento de su democracia. En términos de países, en el mundo hay hoy tantas autocracias como democracias. Y, lo que es también preocupante, la calidad institucional de las segundas se deteriora lentamente. Pero más allá de las estadísticas, lo más inquietante es el clima espiritual que acompaña a esta tendencia: una mezcla de cansancio moral, cinismo y desconfianza.

GRÁFICO 1. EVOLUCIÓN DE LAS DEMOCRACIAS Y AUTOCRACIAS EN EL MUNDO

PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL QUE VIVE EN PAÍSES AUTOCRATIZADOS



PORCENTAJE DE LA POBLACIÓN MUNDIAL QUE VIVE EN AUTOCRACIAS



Fuente: V-Dem Report 2025.

El viejo combate entre la idea de libertad individual y de comunidad parece haberse agotado. Durante siglos, Occidente osciló como un péndulo entre liberalismo y comunitarismo. Hoy, en cambio, asistimos a la implosión de ambos polos. El liberalismo, tras su victoria global en 1989, ha tocado techo. Y la reacción comunitarista que ha emergido —el populismo— no representa un retorno a la comunidad, sino la radicalización del individualismo que pretendía combatir.

Los populismos actuales son un fenómeno contradictorio. Se presentan como movimientos de recuperación de la soberanía colectiva, pero en realidad apelan a la frustración individual. Prometen devolver al ciudadano un control perdido: el de su vida, su identidad, su destino y, por supuesto, su trabajo. A diferencia de los fascismos y comunismos de antaño, los populistas no quieren construir algo, aunque sea sobre las cenizas de lo destruido, sino simplemente acabar con el orden establecido. Su meta es fundamentalmente negativa y el denominador común sería el siguiente: uieren eliminar intermediarios, ya sean políticos, financieros o institucionales. "Todo para el pueblo, pero sin intermediarios": este podría ser su lema.

> *A diferencia de los fascismos y comunismos de antaño, los populistas no quieren construir algo, aunque sea sobre las cenizas de lo destruido, sino simplemente acabar con el orden establecido.*

Por eso, figuras tan dispares como, por un lado, los más proto-autoritarios Trump y Orbán, y, por el otro, los más proto-anarco-liberales Milei o Musk, comparten una raíz común. A primera vista representan ideologías opuestas: anarquismo liberal y conservadurismo autoritario. Sin embargo, los une un mismo desprecio por las instituciones, un mismo culto al individuo emancipado de todo corsé social, de toda norma. El ultraliberalismo tecnológico y el paleo-conservadurismo populista son, en el fondo, dos caras de una misma moneda: la culminación del narcisismo moderno. Es decir, no sólo no vienen a reparar el problema de fondo que carcome nuestras democracias, sino que han llegado para empeorarlo.

> *Figuras tan dispares como Trump, Orbán, Milei o Musk, comparten una raíz común: un mismo desprecio por las instituciones, un mismo culto al individuo emancipado de todo corsé social, de toda norma.*

La "convergencia narcisista" a la que tienden las ideologías de nuestro tiempo tiene consecuencias profundas. La política deja de ser un espacio de deliberación racional y se convierte en un campo de expresión emocional. El ciudadano ya no busca el bien común, sino la confirmación de su identidad. La verdad se fragmenta en millones de verdades personales, cada una reforzada por algoritmos que alimentan el resentimiento y la autocomplacencia.

La democracia, sin una base de confianza compartida, degenera en tribalismo digital. Es la paradoja del individualismo: no nos convierte en personas más autónomas, sino más tribales.

Deseamos desesperadamente pertenecer al grupo. Lo que antes eran partidos y programas se ha transformado en tribus ideológicas que operan como religiones seculares. En lugar de argumentar, se excomulga. En lugar de debatir, se condena.

Lo que se vislumbra en el horizonte no es tanto una distopía orwelliana – la tiranía del control total por parte de un Gran Hermano, como en 1984 de George Orwell - como una distopía huxleyana: la tiranía del placer, la disolución de la responsabilidad en un océano de distracciones, como en Un Mundo Feliz de Aldous Huxley. Vivimos, en palabras de Wolfram Eilenberger, una pobreza de trascendencia. Buscamos la satisfacción inmediata, inminente e inmanente de nuestros deseos, sin mirar más allá del instante.

En este contexto, los populismos no conducirán necesariamente a totalitarismos clásicos, sino a algo quizás más inquietante: una ciber-democracia anárquica, donde las instituciones pierdan autoridad y la sociedad se fragmente en comunidades efímeras, gobernadas por emociones volátiles y líderes-influencers.

Detrás de esa aparente libertad, acecha también el nihilismo. Ya lo vio Dostoievsk, escribiendo en los albores de la sangrienta revolución rusai: cuando todo se permite, nada tiene sentido. El erudito Erich Heller, en el amanecer de los totalitarismos del periodo de entreguerras, llamó a este fenómeno "la mente desheredada": sociedades que han perdido sus fundamentos espirituales y se entregan al vacío.

Hoy el nihilismo adopta formas nuevas. El FBI incluso ha creado una nueva categoría de terrorismo: el extremismo violento nihilista. Es la violencia de quienes no creen en nada, ni siquiera en la destrucción como medio para algo. Como le decía un personaje a Batman en The Dark Knight: "Algunos hombres solo quieren ver arder el mundo".

El peligro del futuro no reside tanto en los aprendices de autócratas, sino en las multitudes sin sentido que los aclaman. Los populistas prometen devolvernos el control, pero lo que realmente ofrecen es una ilusión: la de una libertad sin límites que acaba devorándose a sí misma. Si seguimos ese camino, acabaremos viviendo en la utopía del individuo absoluto: seres libres que no sirven a nadie, pero que tampoco son capaces de servir a nada. Una civilización de átomos soberanos, incapaces de formar una molécula común.

"Lo que antes eran partidos y programas se ha transformado en tribus ideológicas que operan como religiones seculares. En lugar de argumentar, se excomulga.

"Acabaremos viviendo en la utopía del individuo absoluto: seres libres que no sirven a nadie, pero que tampoco son capaces de servir a nada.

“

Las sociedades prosperan cuando sus miembros creen en algo que trasciende sus intereses personales.

“

Cuando la política adopta un tono mesiánico, el adversario se transforma en enemigo y el compromiso se vuelve imposible.

CÓMO REVERTIR ESTA TENDENCIA

El exceso de individualismo nos ha devuelto a los tribalismos más rudimentarios. Cuando el yo se convierte en único centro de sentido vital, muchos buscan refugio en las comunidades más primitivas: religiones fundamentalistas, nacionalismos exacerbados o cibertribus digitales que sustituyen el pensamiento por la pertenencia.

Revertir esta deriva exige recuperar la fe en un proyecto trascendental compartido. Las sociedades prosperan cuando sus miembros creen en algo que trasciende sus intereses personales. No necesariamente un Dios, pero sí una idea de propósito común: una patria, una justicia, una humanidad. Sin esa fe, la vida pública se degrada en un mercado de egos en pugna.

Ese ideal trascendente debe ser, sin embargo, abstracto y difuso, no dogmático. Cuando un líder político o religioso se arroga el derecho de interpretar en exclusiva la voluntad divina o el sentido de la historia, el proyecto común degenera en tiranía. La esencia del buen Dios —o de la buena Diosa— es que nadie pueda apropiársela. Dios existe para que nadie en la sociedad se crea Dios.

Los padres fundadores de la República Americana comprendieron esta verdad. Su fe en un Dios que guiaba la conducta individual, pero no dictaba la ley civil, les permitió construir una política de prudencia y equilibrio. Su principio era el del Evangelio: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.”

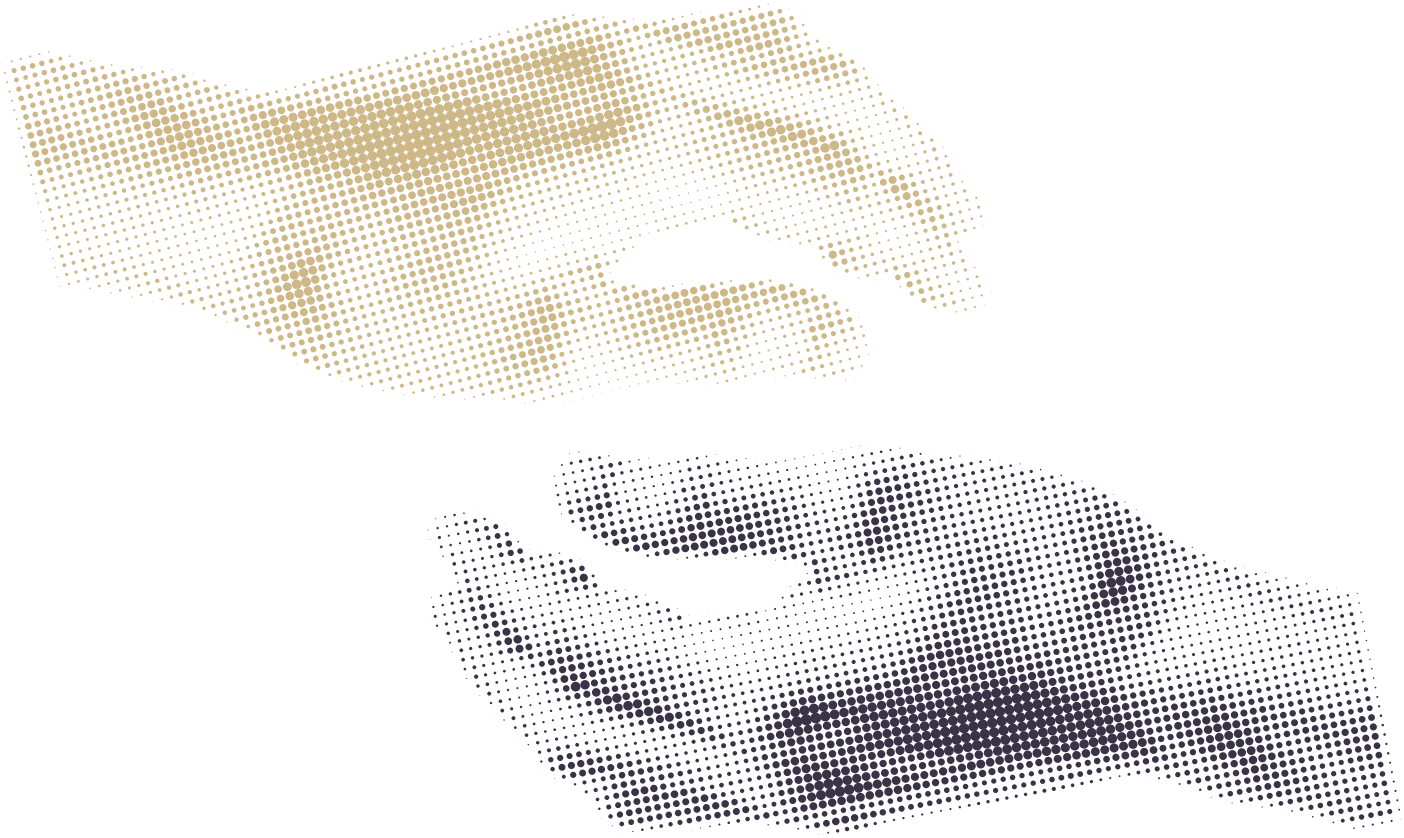
Por el contrario, los revolucionarios que, a lo largo de la historia, han intentado instaurar el paraíso en la tierra —del jacobinismo en la Revolución Francesa al bolchevismo en la Rusa— convirtieron la política en religión y la discrepancia en pecado. Cuando la política adopta un tono mesiánico, el adversario se transforma en enemigo y el compromiso se vuelve imposible.

Esa es, quizás, la raíz de la crispación que hoy atraviesa nuestras democracias. La política se ha sacralizado: ya no es un espacio de negociación pragmática, sino una lucha cósmica entre el bien y el mal. Las ideologías han ocupado el lugar de la fe. La derecha atea y la izquierda posnacional se comportan como nuevas sectas, cada una convencida de su pureza moral. Con el adversario, “antes” (pongamos finales del siglo XX

e inicios de este), te podías sentar y pactar. Ahora sólo buscas su destrucción. Como evidencia, basta repasar la evolución – o mejor dicho, involución – de los diarios de sesiones del Congreso de los Diputados, pero también de las cámaras legislativas de EEUU o de cualquier democracia de nuestro entorno. Ya no hay apelaciones al bipartidismo, a "cruzar el pasillo", como dicen los anglosajones. Ahora, el pasillo de legislativo es una trinchera. El rival, un enemigo. El Satán, o hereje, de nuestra religión. Y con Satán no pactas. A Satán lo intentas destruir.

Para salir de este laberinto necesitamos recuperar la trascendencia. No necesariamente en el sentido teológico, sino como reconocimiento de que existe algo más allá del yo: una idea de bien común que no puede ser medida en "likes" de las redes sociales ni en dividendos en nuestra cuenta corriente. Puede llamarse Providencia, Nación, Madre Tierra o simplemente Humanidad. Lo importante no es el nombre, sino el impulso de mirar más alto que uno mismo. La supervivencia de Occidente dependerá de su capacidad para reconciliar libertad e ideal, razón y fe, individuo y comunidad. Si somos capaces de volver a creer —sin fanatismo, pero con humildad— en algo que nos una, aún hay esperanza. Porque la historia nos enseña que los pueblos no prosperan por sus riquezas o sus ejércitos, sino por la fuerza invisible de sus convicciones. Cuando esas convicciones desaparecen, también lo hace la civilización. Cuando renacen, incluso en los tiempos más oscuros, la historia vuelve a abrirse.

"La supervivencia de Occidente dependerá de su capacidad para reconciliar libertad e ideal, razón y fe, individuo y comunidad.



BASILIO
PARAÍSO
FUNDACIÓN

Trabajamos para impulsar el desarrollo económico de Aragón mediante el estudio, la investigación y la prospectiva, promoviendo el debate y la generación de ideas, y realizando propuestas de renovación económica y social.

BASILIO
PARAÍSO
FUNDACIÓN

EL FUTURO DE LA DEMOCRACIA

DÓNDE ESTAMOS Y ADÓNDE VAMOS

www.basilioparaiso.com